

LA PRENSA COPIADORA

Es apasionante el censo de obras curiosas que se escriben, condenadas algunas a quedar inéditas a perpetuidad, otras veces merecedoras de los privilegios de la imprenta por generosidad de algún mecenas o del propio autor. Hace ya bastantes años supe de un clérigo congregante que había compuesto un drama donde salían, sobre el tablado del ultramundo, Josué, Popea, San Tarsicio, Indivil (pero no Mandonio), Oliverio Cromwell, Simón Bolívar, el Padre Claret... Algo parecido han hecho autores muy serios, pero lo que a mí me encandiló fue el título de la obra: «El caos conspicuo». Podría seguir muy largo con los ejemplos; pero me detendré en el caso de un estudioso tenaz, empeñado en una tesis voluminosa que se encabezaría en su día, si ese día llega, con rótulo tan intrigante como «La influencia del Hernani de Víctor Hugo en el código y costumbres del comercio». Rodea al hombre un cerco de escepticismos e ironías, y hasta de sospechas sobre su equilibrio mental. Alguna vez tuve acceso a las cuartillas, todavía provisionales. Se trata allí de cómo en materia reputada de exacta y rigurosa se dejan zonas para esa libertad, propensa a la anarquía, que es sustancia del romanticismo. Establecer cuidadosamente una factura, comprobarla de arriba abajo y de abajo arriba, y adicionar al fin el rito de «salvo error u omisión», supone -siempre para mi amigo el erudito- un escape hacia la nebulosidad, una tendencia a lo vagaroso como para emocionar a don José de Espronceda. Y luego, esas contradicciones que conturban al profano: se ingresa dinero en la Caja y no se apunta en el Haber sino en el Debe. Más las fórmulas sibilinas -no olvidemos que la poesía se sustenta en el misterio-. «Por esta primera de cambio, no habiéndolo hecho por la segunda ni tercera». Y el empleo de un lenguaje disociado del hablar común: Para cumplir la ley, las mercancías se transportarán «a riesgo y ventura» del cargador; el sueldo del mes es «la mesada»; el resarcirse de una letra es «la resaca»; los apoderados o mandatarios generales son «los factores» (pero en la vida, queda para los del ferrocarril) y los apoderados o mandatarios singulares son «los mancebos» (en la vida, para las farmacias, y apenas)... En fin, para colmo, la maravilla de que el crepúsculo vespertino intervenga en la liturgia de las cambiales, que «sin término de gracia o cortesía, deberán satisfacerse el día de su vencimiento, antes de la puesta del sol».

No estoy seguro de haber sabido recoger en escasas líneas la letra de tan copiosa exposición, fundada en una bibliografía que contiene, por sólo citar dos títulos, el Código de comercio de 1885 (todavía vigente en lo fundamental) y las «Ideas Estéticas» de don Marcelino Menéndez Pelayo... Sólo la música. La música, creo que sí.

Y si el tema ha venido a colación es por la contemplación de un anacronismo,

ahora de mi cosecha, que no corresponde a la terminología sino a los objetos y útiles del oficio de comerciar. A uno, concretamente. A mí me ha atraído de siempre ese tórculo oficinesco que sirve para copiar por compresión las cartas y telegramas, trámite de cumplimiento obligado desde que lo mandó el rey Alfonso XII, siendo ministro don Francisco Silvela. Contemplando la prensa copiadora, no sé por qué, me siento marchar a la Cataluña textil de mediados del XIX, o a los Bilbaos metalúrgicos del tiempo de la Restauración. Y, apurando el viaje, a las viejas y mercantiles ciudades de Italia y los Países Bajos, de la Liga Hanseática... Si yo fuese director de cine y tuviera que significar con el debido realismo un escritorio decimonónico, cuidaría mucho este detalle de la prensa copiadora, por lo mismo que para un cuarto desolado y pobre no se ha inventado nada como la bombilla desnuda, colgante del techo por un buen trozo de cordón de la luz.

Aún ahora, ¡en enero de 1970!, husmeando en las dependencias de una empresa importante, he podido ver la prensa que digo, prestando servicio a manos de un joven barbilampiño, probablemente un meritorio. Los papeles permanecían unos momentos entre las planchas opresoras, y salían un poco húmedos, después de dejar su imagen en el libro gordo, gracias a la tinta comunicativa. La escena daba un aroma artesano, como de tiempos de Gutenberg en Maguncia. Y a dos pasos, los paneles metálicos de los computadores con sus palancas, sus relojes de agujas oscilantes, sus ojos luminosos y avizores..., todo como en una película de ciencia ficción.

Sospecho que este maridaje entre lo antiguo y lo novísimo vamos a verlo roto de la noche a la mañana. Y que lo repudiado no será precisamente lo electrónico. Una revista especializada pedía en su último número la cabeza de la prensa copiadora, que tal es colocarse, contra el libro copiador y en demanda de un Código actualizado. Dice el opinante que en la era de la mecanización y de la informática, tales preceptos equivalen a hurgar con arados romanos en una explotación surcada por cosechadoras y tractores.

Yo me propongo estar alerta para recibir como reliquia uno de estos artefactos que cualquier día sus propietarios venderán al peso, si no tienen que pagar porque alguien se los lleve; pero antes de que entren en juego los anticuarios, los mismos que dieron en recuperar aquellas planchas para la ropa que se cargaban con carbones encendidos, marcadas algo así como «La Cerrajera de Mondragón».

Y avisaré a mi amigo tenaz, el estudioso, de que su increíble esfuerzo sobre el romanticismo y el comercio ha dejado de tener sentido actual, aunque sí lo pueda tener histórico. Justamente ese día.

Antonio PEREIRA